

## ARTE Y OFICIO DE LA INTERPRETACION EN LA BIBLIA

EL extraordinario auge que ha tomado en nuestros días la ciencia, arte y profesionalidad de la interpretación, en sus dos modalidades, estrechamente relacionadas, puesto que ambas tienen como substrato la poliglotía, y son: *traducción* de obras escritas en lenguas extranjeras de todas clases y niveles, y profesión de *intérprete* en su múltiple escala cultural y social, nos ha movido a efectuar el presente estudio, remontándonos a la Antigüedad, con el fin de poner de manifiesto el pristino abolengo de esta actividad, dentro del siempre sugestivo ámbito de la Biblia.

Desde que en el mundo hubo dos hablas diferentes, se impuso la necesidad de la interpretación, y hubo de surgir, en consecuencia, por razón de necesidad, el oficio de intérprete, al menos como función ocasional. La Biblia, por la gran antigüedad de sus relatos, tanto que se proyectan sobre los orígenes mismos del mundo y del hombre, por la diversidad de pueblos y naciones que por sus páginas desfilan, lenguas a que se hace referencia —el término, en el lenguaje bíblico es sinónimo de tribu, país o colectividad humana— y situaciones en que la intervención del intérprete se hace necesaria, nos ofrece algunos datos de interés al respecto, que vamos a recoger y comentar. No son muchos, pero las circunstancias concomitantes y la variedad de manifestaciones realzan su importancia.

Labor de interpretación es, aun cuando se realice en el círculo del mismo idioma del personaje en cuestión, la explicación lingüística de un antropónimo, como los que se consignan en numerosos pasajes del texto bíblico, desde los primeros capítulos del Génesis, preocupación lingüística que no pasó inadvertida a los cultivadores de esta ciencia modernísima en su sistematización, pero antiquísima por su contenido. La imposición de un nombre adecuado a “los animales del campo y las aves del cielo” creados por Dios es la primera actividad que se señala al primer hombre en el relato genesiaco (Gn 2<sup>16-20</sup>), y en su alborozado transporte al encontrarse frente a frente de la primera mujer, su compañera de por vida, de lo primero que se preocupa es asimismo de asignarla el nombre más apropiado: “Se llamará *Varona*, porque del varón ha sido tomada” (ib. v. 23b). Posteriormente, cuando Yavé Dios señala el destino humano marcando a cada sexo sus actividades específicas, “el hombre (Adam) llamó *Eva* a su mujer, por ser la madre de los vivientes” (Gn 3<sup>20</sup>). Si *Adam* es el apelativo más acertado, en la mente de un hagiógrafo de habla hebrea, como expresivo del origen corporal del primer hombre, formado de la tierra (*'adāmā<sup>h</sup>*) —lo propio que *homo*, de *humus*—, *Eva*, *Hawwa<sup>h</sup>* (del verbo *hāwā<sup>h</sup>*, posteriormente *hāya<sup>h</sup>*, “vivir”), “la vivificadora”, la que da la vida, es la denominación más justa, insuperable, que pudiera adjudicarse a la mujer, por su función más noble y específica de ser fuente de la vida y garantía de propagación del género humano.

Estos primitivos escarceos lingüísticos, de positivo interés como orientación y preocupación en la semántica de los antropónimos, marcan su impronta en la onomástica hebreo-bíblica posterior. Pocos versículos después (Gn 4<sup>1</sup>), al imponer *Eva* el nombre a su primer hijo, le llamará *Caín* (*Qáyin*), alegando como razón: *Qāniti 'iš 'et Yahwē<sup>h</sup>*, “he alcanzado de Yavé un varón”. Aun cuando respecto al segundogénito, *Abel*, no se indica la etimología, es posible que en la mente de quien ideó, *a posteriori*, como es lógico, esos primeros nombres, flotara la idea de “soplo, vacío, exhalación, fugacidad”, acepciones que se asignan al término *Hēbel*, o incluso, suponiendo la forma *'Ābēl*, la de “llanto”, que sugiere la breve vida y luctuosa muer-

te del segundo hijo de nuestros protoparentes, muerto a manos de su hermano Caín. En cuanto al tercero que se nombra, *Set*, reaparece la justificación etimológica al poner en boca de Eva (según algunos mss. la forma masculina del verbo "y llamó" se refiere a Adán): "Yavé me ha dado (verbo *šit* o *šút*, "dio, puso, adjudicó") otro descendiente, por Abel, a quien mató Caín" (Gn 4<sup>25</sup>).

Los testimonios aducidos no pueden ser más remotos, aun cuando, como es obvio, no deban entenderse todos ellos, al igual de otros similares que podrían citarse, demasiado a la letra y según el rigor de la moderna Onomástica y leyes lingüísticas que la presiden, ni en cuanto al hecho en sí ni en cuanto a la auténtica significación aducida. Hoy día suelen considerarse como "etimologías populares"; pero, de todos modos y cualquiera que sea el sentido y valores reales que se les reconozca, evidencian una intención semántica en el hagiógrafo, de positivo interés, que se perpetúa a lo largo del Antiguo y del Nuevo Testamento, en el que se pueden citar varios e importantes ejemplos (Jesús, Juan el Bautista, Cefas-Pedro, Pablo, etc.)

Si del campo bíblico pasamos a las antiguas literaturas griega y latina, en busca de datos y ejemplos, nos sorprenderá, en primer término, la total despreocupación que en este aspecto se advierte en los pasajes de los poemas épicos donde evidentemente la cuestión del idioma parece debería jugar importante papel. Ni en las "peregrinaciones" de Ulises, "*qui mores hominum multorum vidit et urbes*" (Horacio, *Arte Poét.* 141-2, y *Odisea*, I, 3), ni en las de Eneas, que arribaron a pueblos de tan distintas hablas, ni en la misma *Iliada*, en el encuentro de personas de lenguas diferentes, se plantea esta cuestión como obstáculo para entenderse. Así, p. e., el troyano Eneas recién llegado a Cartago, fundación fenicia, donde se habla este idioma (dialecto púnico) indudablemente semítico, se pone al habla, al igual que sus compañeros, con los naturales o naturalizados en el país, y tras el banquete de honor ofrecido por la reina Dido, cuenta largamente sus aventuras y desventuras en un largo discurso (libros II y III de la *Eneida*).

Pese a los convencionalismos literarios admitidos en ese u otros géneros poéticos o narrativos, tal incongruencia —pues-

to que jamás se habla de intérpretes— tiene que chocar a cualquier observador. La Epopeya, forma primitiva de la Historia, aun siendo un reflejo idealizado de las costumbres, mentalidad, aspiraciones, instituciones, ambiente y vida integral de los pueblos que intervienen, no debería prescindir de un aspecto tan fundamental como el indicado, ni suponer, prácticamente, que toda la tierra fuese “*labii unius et sermonum eorumdem*” (Gn 11<sup>1</sup>), hablando en términos bíblicos respecto a la humanidad anterior a la Torre de Babel.

En el hebreo bíblico se designa al *intérprete* con el nombre de *mēliš*, que aparece en un pasaje de la historia de José (Gn 42<sup>23</sup>) y que admite otras varias acepciones, tales como “intermediario, árbitro, defensor, protector, traductor, abogado; retórico, estilista, poeta, fraseólogo, burlador (cfr. Sl 1<sup>1</sup>: *lēš*, pl. *lēšîm*), (embajador, orador, discurseador” (Dic. Elmaleh). A pesar de tan numerosas significaciones, la propia y específica en el lugar citado no admite duda por el contexto; de ahí que unánimemente todas las versiones lo traduzcan por *intérprete* en el sentido actual de la palabra. “*Kî ha-mēliš bēnōtām*”, que la Septuaginta traduce literalmente: *ὁ γὰρ ἐρμηνευτῆς ἀνα μέσον αὐτῶν ἦν* y la Vulgata, en forma parafrástica y aclarativa: “*eo quod per interpretem loqueretur ad eos*”, las modernas versiones lo trasladan análogamente: “pues él les había hablado por medio de intérprete” (N.-C.), “car, entre lui et eux, il y avait l’interpréte” (B Jer.). Rasi, el gran comentarista judío, glosa brevemente: “Pues cuando ellos le habían hablado, había un intérprete de por medio, que conocía ambas lenguas, la hebrea y la egipcia, y trasladaba las palabras de ellos a José, y las de éste a ellos. Por tal motivo estaban bajo la impresión de que José no entendía la lengua hebrea”.

Las varias acepciones indicadas, que matizan la significación del sustantivo *mēliš*, aun cuando no todas sean aplicables a cualquier intérprete, la mayoría sí ofrecen facetas que le son peculiares en aquella época, y en mayor o menor grado, al menos en las categorías más elevadas de la profesión, en todos los tiempos hasta hoy. Imagínese solamente el alto rango cultural y relevantes dotes personales que han de exigirse en los intérpretes al servicio de los jefes de Estado y destacados fun-

cionarios en las entrevistas y recepciones de personajes extranjeros. De este orden sería dentro del nivel de la época, aquel intérprete de la corte del Faraón del siglo XVII o el XVIII a.C.

La plasticidad y concisión del hebreo bíblico nos brinda aquí un expresivo ejemplo: en tres solas palabras dice, y aun con mayor precisión, lo que las versiones en el doble o triple: lit. "porque el-intérprete entre-ellos". El sentido no deja lugar a dudas respecto a la intervención personal del funcionario. El empleo del artículo indica claramente se trataba de un profesional, pues, de lo contrario, se habría dejado el sustantivo en forma indeterminada, sin artículo: "un intérprete", un políglota o bilingüe cualquiera de la corte faraónica que ocasionalmente actuara en esa función.

Otro detalle muy expresivo en la frase hebrea que comentamos es la tercera palabra, *bénôtām*, "entre ellos" o aun más claramente "entre medio de ellos" (sc. José por un lado, y sus hermanos por otro). Tal es, en efecto, el lugar que para el adecuado desempeño de su cometido corresponde al intérprete, hoy como entonces y sean quienes fueren los dialogantes.

El asunto de la interpretación y el oficio de intérprete se relacionan estrechamente con arduos problemas relativos a las lenguas habladas en los diversos países del Próximo Oriente en el 2.º y 1.º milenio a. C.; tan importantes como ésta y otras que podrían considerarse son sus derivaciones.

Recordemos que en varios países del Asia Anterior y Península Arábiga se hablaban en la época de los patriarcas bíblicos las conocidas lenguas *semíticas*, entre las que cabe destacar el *cananeo*, cuyas principales ramas son el *fenicio* (y el púnico), el *hebreo*, el *moabita*, etc., y en Egipto y países adyacentes eran las lenguas *camíticas*, que en un estadio anterior se fueron desgajando del tronco camito-semítico, según el actual, unánime sentir de los lingüistas.

No hemos de entrar aquí en el intrincado problema, que quizá no lo sea tanto como se cree, de la lengua que hablaba el clan jacobita cuando se instaló en Egipto. Un testimonio fehaciente nos brindaría el Salmo 81<sup>6</sup>; pero la frase es bastante controvertida, como puede verse a través de las versiones y comentarios. Van Steenkiste en su magistral comentario al

libro de los Salmos lo entiende de la siguiente manera, que ofrece especial interés a nuestro propósito: “Cum egrederetur contra terram Aegypti, *ubi linguam quam noveram audivi ego Israel*”. Y comenta: “Vult dicere: cum exiret de terra Aegypti, de terra ista peregrina (cuius lingua nostra non erat), in que patres nostri erant advenae et exules” (p. 734).

También se relaciona el tema que tratamos con la composición de ciertos libros del Antiguo Testamento, principalmente varios deuterocanónicos, como son Tobias, Judit, y Ester y Daniel en sus respectivas porciones arameas y griegas, problemas que asimismo hemos de contentarnos con apuntar.

En cuanto a la cuestión de la lengua de los cautivos judíos en Babilonia —prescindamos de las “perdidas” Diez Tribus deportadas a Ninive—, aun cuando no se trate ex profeso este asunto en ningún lugar de la literatura bíblica y solamente tengamos el testimonio indirecto de los libros o fragmentos de libros compuestos en esa época y la posterior en lengua aramea (anteriormente denominada caldea), no hay duda que los exiliados en el imperio babilónico tuvieron que adoptar, por obvias e ineludibles necesidades de convivencia la lengua del país, que vino a ser ya desde entonces hasta el advenimiento del Islam a Palestina y Mesopotamia (s. VII) la lengua de Israel, no solamente vernácula sino también literaria —juntamente con el hebreo—, especialmente en las ramas targúmica, talmúdica, cabalística y poesía mística. Allí también “cabe los ríos de Babilonia” los hebreos “oyeron una lengua desconocida”, aunque hermana y muy semejante a la suya, y no tuvieron más remedio que adoptarla. En este caso —y el fenómeno es curioso— a pesar de que el cautiverio no duró más que 70 años, como máximo, desde la primera deportación, y el de Egipto, según el cómputo bíblico, 400, las consecuencias del forzado bilingüismo fueron muy diferentes.

Otro caso curioso, bien explícito, de bilingüismo e interpretación encontramos en II R 18<sup>26-28</sup>. Se refiere al asedio de Jerusalén reinando Ezequías (año 701), por Senaquerib, rey de Asiria, el cual mandó “con una poderosa fuerza” a tres altos dignatarios de su corte, entre ellos al “copero mayor”, cuyo nombre no se menciona, pero es quien llevó la voz cantante co-

mo mensajero del asirio, intimando a grandes gritos “en judío”, *y<sup>e</sup>húdît*, es decir en lengua hebrea, junto a las murallas de Jerusalén, a presencia del pueblo, la rendición. Los tres mag-nates de la corte de Ezequías que le habían salido al encuentro, Eliaquín, mayordomo de palacio, Sobna, secretario real y Joaj, hijo de Asaf, cronista, eran sin duda personas cultas, que cono-cían además de su lengua nativa, al menos el arameo, lengua del mensajero, el cual para ser entendido de todos los allí pre-sentes les había hablado —mejor diríamos, vociferado— “en judío”, y asustados por el pernicioso efecto derrotista que la perorata del copero mayor de Senaquerib podría causar entre los jerosolimitanos, le dijeron: “Habla a tus siervos en arameo, que lo entendemos; no nos hables en judío delante de todo el pueblo que está en las murallas” (v. 26). Pero él siguió vomi-tando amenazas e indecencias (v. 27) “en voz alta, en judío” (v. 28).

El episodio ofrece indudable interés, a pesar de su carác-ter meramente incidental, en el terreno de las relaciones lin-güísticas entre los pueblos antiguos y actuación de quienes po-dían presentarse como políglotas y eventuales intérpretes en-tre contendientes o emisarios de negociaciones de paz.

El susodicho término *mēliš* aparece también en Cro 32<sup>31</sup>, donde se hace referencia a otro episodio, asimismo del tiempo de Ezequías, pero muy diferente del anterior, cuando “Merodac Baladán, hijo de Baladán, rey de Babilonia, mandó una carta y un presente a Ezequías, pues había tenido noticia de su en-fermedad” (II R 20<sup>12</sup>; cfr Is 39). *Bi-mēlišê sārê Bāhel*<sup>1</sup> dice el texto, que unánimemente traducen las versiones por “embaja-dores” (de los príncipes —o del rey— de Babilonia), pero en los que, conforme dejamos apuntado, está subyacente la idea de “intérpretes” o conocedores de las dos lenguas en cuestión, má-xime cuando, como en el caso presente, iban a “informarse”, no solamente del prodigio que había acaecido en la tierra” (II Cro 32<sup>31</sup>), sino de cuestiones políticas (vid. nota de N.-C.). El deta-lle de la carta que el babilonio manda juntamente con el re-

<sup>1</sup> Algunos mss y el Targum (Vid. Kittel) sustituyen *sārê* por *mēlek*, “el rey” (de Babilonia).

galo a Ezequias es otro detalle relacionado con la interpretación, puesto que o aneja al texto original iría la traducción hebrea, o la versión sería realizada oralmente por los “embajadores”-intérpretes, o hebreos peritos en ambas lenguas.

Ya hemos mencionado anteriormente el cambio de lengua vernácula que se operó en “los restos de Israel” desterrados en Babilonia y el bilingüismo arameo-hebraico consiguiente. Sabido es que el arameo fue a modo de lengua oficial internacional del imperio persa, con lo cual, aparte del idioma ancestral de los nuevos dominadores del Asia Occidental, medos y persas, el arameo, como nueva lengua introducida en la masa de los repatriados judíos, en competencia con el hebreo, hubo de plantear sin duda la necesidad de la traducción, oral o escrita, en muchas ocasiones. Ese bilingüismo se manifiesta asimismo en el terreno literario, como queda dicho.

Típico y bien explícito, en el libro de Nehemías, cap. 8, es el pasaje de la pública lectura de la Ley a todo el pueblo, reunido “como un solo hombre en la plaza”, “hombres y mujeres, cuantos eran capaces de entenderla (vv. 1-2), efectuada por Esdras, sacerdote y “escriba muy versado en la Ley de Moisés”, con la eficaz colaboración de Nehemías, alto dignatario del rey Artajerjes y gobernador a la sazón de Judea, experto políglota, sin duda, así como también de los levitas, “que hacían al pueblo la explicación” (v. 9), traduciendo en arameo lo que Esdras leía en hebreo y añadiendo algún breve comentario.

También se hace mención en esa época reiteradas veces de cartas enviadas a los soberanos persas (Asuero, Artajerjes, Darío) o remitidas por éstos, con motivo de las obras de reconstrucción del Templo de Jerusalén emprendida y tras varias vicisitudes llevada a término por los repatriados a las órdenes de Zorobabel. En Esd. 4<sup>6-7</sup> se dice: “En el reinado de Asuero, al comienzo de él, escribieron una acusación contra los moradores de Judá y Jerusalén” los enemigos de éstos, y nuevamente, en tiempos de Artajerjes, mandaron a éste ciertos individuos, que se nombran, otro escrito. “La carta fue traducida al arameo y transcrita con caracteres arameos”. Versículos después se traslada la respuesta del rey. Cfr. ítem Esd 5<sup>5-17</sup>, 6<sup>1-13</sup> y 7<sup>11-28</sup>.

En I Macabeos 12 se da cuenta de las embajadas que Jonatán mandó “a Roma, para concertar y renovar la alianza de amistad con los romanos, y a los espartanos y a otros pueblos envió también cartas sobre lo mismo”. Los embajadores judíos entraron en el Senado y allí expusieron los motivos de su embajada. “Les fueron entregadas cartas para las autoridades de cada lugar, a fin de que pudieran volver en paz a la tierra de Judá” (IMc 12<sup>1-4</sup>). En el mismo capítulo se habla de diversas otras cartas o mensajes de contenido político que revelan la existencia de una oficina diplomática al servicio del jefe asmo-neo, donde no podía faltar, en vista de lo indicado, un competente cuerpo de traductores e intérpretes.

Respecto al arte de la traducción, en el campo literario, por lo que a la época helenística se refiere, sabemos que se fue desarrollando nada menos que una rama frondosa de la literatura hebrea, la judeo-helenística, todavía no bien estudiada en toda su amplitud y trascendencia, pero en la que se alza como imperecedero monumento la celebérrima versión llamada de los *Setenta*, de todo el Antiguo Testamento, a la que siguieron otras varias en lengua griega. Dos notables figuras se destacan asimismo: Filón de Alejandria y Flavio Josefo. Para una visión de conjunto de esta materia remitimos al capítulo III (2.<sup>a</sup> Parte) de nuestro *Manual de Historia de la Literatura Hebrea* y capítulos XXVII a XL de la 1.<sup>a</sup> Parte, sobre el Nuevo Testamento. El tema de la traducción tiene en todo ese campo enorme importancia.

Hay otra rama de la literatura bíblica que tiene asimismo fuertes implicaciones con el arte de la traducción y ofrece peculiares características: es la que por definición se titula precisamente “Traducción”, y es el *Targum*, nombre aplicado a las versiones arameas de la Biblia, con breves glosas explicativas, que fueron apareciendo con el de Onqelos a la cabeza, a partir del año 100 de la era cristiana (cfr. ob. cit., cap. V de la 2.<sup>a</sup> Parte).

Costumbre muy frecuente en los traductores de todos los tiempos ha sido formular los principios que han seguido en su labor, y normas a que, según el criterio de cada uno, debe atenerse el buen traductor para la más acertada ejecución de su:

cometido, pidiendo al propio tiempo excusas por los fallos y deficiencias en que puedan haber incurrido.

Sobremañera interesante a este propósito es el Prólogo que el traductor griego del *Eclesiástico* o *Libro de Ben Sirac* (Sirácides) antepuso a su versión de este libro, compuesto por su abuelo. En él pide “benevolencia y aplicación”, al par que “indulgencia por aquello en que a pesar del esfuerzo puesto en la traducción, no hemos logrado dar la debida expresión a las palabras, pues las cosas dichas en hebreo no tienen la misma fuerza cuando se traducen a otra lengua”. Y añade, refiriéndose veladamente a ciertas versiones —sin duda a la Septuaginta, de muy variable mérito y exactitud según los libros—, y quizá a alguna otra parcial que ya entonces circulara entre los judíos radicados en países de habla griega, advirtiendo que las tres famosas, de Aquila, Teodoción y Simaco, y otras tres que fragmentariamente figuran en la *Hexaplas* (en algunos casos hasta *Enneaplas*) de Orígenes son bastante posteriores: “No sólo este libro, sino aun la misma Ley y los Profetas y los restantes libros traducidos, difieren no poco comparados con el original”.

La atinada observación del nieto de Sirácides es un canto a la admirable concisión y fuerza expresiva de la lengua santa, que representa innegable dificultad para una adecuada interpretación, a la que se añade la no menor del contenido multiforme, profundo y remotísimo en su origen de los Sagrados Libros. Téngalo en cuenta la legión de traductores bíblicos que en nuestros días se han lanzado a la noble tarea de trasladar la Biblia a sus lenguas respectivas. ¡*Utinam bene!*

*David Gonzalo Maeso*